

M. Pierrette Malcuzyński

### A propósito de la sociocrítica...

(traducido del francés por José Ricardo Chaves)

Comencemos tal vez por precisar que por supuesto yo no me ocuparé de posturas estrictamente institucionales adelantadas por el tema de discusión que aquí es objeto de nuestro interés: “análisis del discurso y sociocrítica de textos: una problemática por redefinir”. En cambio, yo, como teórica, abordaré con firmeza el tema en cuestión desde el punto de vista de la sociocrítica. Ahora bien, por lo que se refiere, justamente, a la sociocrítica —esto es, la disciplina que hemos aprendido a (re)conocer, en sus comienzos principalmente alrededor de los escritos, independientes, de Edmond Cros y de Claude Duchet, y a la que incorporamos poco a poco a nuestros propios trabajos, elaborando los aportes teóricos y metodológicos de diversas maneras, según el dédalo de investigaciones y de objetivos de cada uno—, aquella problemática estaba ya sensiblemente redefinida por las siglas mismas dadas al centro de investigaciones del CIADEST hace cinco años (“Centro Interuniversitario de *Análisis del Discurso y Sociocrítica de Textos*” —subrayado personal).

En efecto, en relación con esta disciplina que tenía y, creo, continúa teniendo por objeto particular y específico de estudio el o los “textos”,<sup>1</sup> designar por “sociocrítica” una crítica que

<sup>1</sup> “Texto”, esto es, bien entendido, texto literario, fílmico, musical, pictórico... pero, igualmente, texto filosófico, histórico, crítico, teórico. No importa de cuál

sea “de textos” marca un viraje muy pronunciado que toca a su propia razón de ser. El pleonasma forzaría tal vez a creer en una apelación deliberada, que toma en cuenta modalidades estratégicas de rupturas y de diferencias por las cuales la sociocrítica buscaba (re)afirmar sus fronteras, en particular aquellas que trazaba en relación con la sociología de la literatura. Pero siendo el objetivo del examen crítico el “adentro” del texto —esto es, para retomar los propósitos de C. Duchet, la organización interna de los textos, sus sistemas de funcionamiento, sus redes de sentido, sus tensiones, el encuentro en ellos de saberes y de discursos heterogéneos—, la sociocrítica remite *de facto* a todo lo que se refiere al discurso *en* el texto. Me parece que la sociocrítica siempre ha tenido como logro, en el seno mismo de la noción principal, *texto*, la indisolubilidad de un doble vector, *texto/discurso*. Toda la postura sociocrítica consiste en trabajar la dinámica interactiva interna mediante el aporte teórico que confirma la irreductibilidad y la no sinonimia de los dos componentes. Esto es tanto como decir que no hay sociocrítica sin análisis del discurso, lo que requiere, por supuesto, algunas precisiones.

La importante reconceptualización de la noción de *texto*, de sus modalidades de producción y de funcionamiento, con que la sociocrítica operaba, tomando sus distancias con respecto a lo que llamé, globalmente, “el *impasse* sociologismo/formalismo”, para describir la coyuntura teórica y metodológica de los años setenta, habrá forzosamente propiciado procesos de des-

texto se trate, literario o no literario, artístico o no, pues a fin de cuentas conlleva lo estético. Evito categóricamente la expresión “texto literario” a título de ecuación universal en su acepción sociocrítica que remite a “texto artístico = estético”. Al contrario, habría que extender lo que C. Duchet (1979) llamaba “la dimensión *valor* del texto”, esto es, la noción estética. Es lo que intenté hacer desde hace varios años, apoyándome en la hipótesis de que si “la actividad estética no crea una realidad enteramente nueva”, sin embargo ella crea “su propia realidad, en la cual la realidad del conocimiento y del acto se revela positivamente incorporada y transformada: en ello reside la originalidad del campo estético” (Bajtín 1978: 44).

colocación paralelos en lo que se refiere a la noción de *discurso*. Véase el caso de “discurso social”, todas las definiciones confundidas, que en la medida de sus desarrollos, problematizaba todo lo relativo a lo hegemónico y a lo ideológico.<sup>2</sup> Por mi parte, el paralelo es o era claro: el territorio que la sociocrítica señalaba desde el inicio respecto a la sociología de la literatura, marcaba las fronteras que ella suponía necesario trazar en relación a lo que iba a ser desarrollado, a partir de los años setenta, y que nosotros continuamos denominando, por ciertas convenciones y en un sentido cada vez más amplio, como “análisis del discurso”. La tarea sociocrítica se precisaba entonces como la articulación de lo que constituye el texto, pero situándonos resueltamente del lado de su *espesor* (social) y no de su profundidad (psicológica/psicoanalítica en el sentido interpretante del término), según la feliz distinción de C. Duchet y que conviene poner en el contexto de una época en la que reinaba la semiología al estilo de los teóricos de la revista *Tel Quel*. La perspectiva sociocrítica anunciaba un marco de trabajo necesariamente transdisciplinario, esto es, intersemiótico, que reproblematisa la misma noción de “textualidad”. Desde entonces podía designarse el “texto” como el lugar estructurado donde se materializa el entrecruzamiento de diversas prácticas discursivas y propias del lenguaje (*lo interdiscursivo*), que pueden ser de diferentes órdenes textuales (*lo intertextual*) pero que no lo son necesariamente y que, además, son o no son textualizadas, esto es, (re)producidas textualmente.

Muy específicamente, la sociocrítica, según la entiendo, examina cómo el *monitoring* del discurso social es materializado en y por el texto.<sup>3</sup> En un primer momento, el análisis

<sup>2</sup> Recordemos las primeras reuniones de trabajo y de discusión animadas por los miembros fundadores del CIADEST, en Montreal (bajo su apelación de entonces “C.Q.F.D.”), al inicio de los años ochenta, donde pasamos por el tamiz todas las definiciones y los usos posibles e imposibles de hegemonía.

<sup>3</sup> Retomo las grandes líneas de definiciones anteriores. Por otra parte, aquí no

busca dar cuenta de la inscripción del discurso social en el texto (cf. Robin/Angenot 1985), esto es, la manera por la cual esta inscripción se efectúa; no tanto lo que es dicho sino sobre todo *cómo* se dice lo que es dicho. He aquí toda la diferencia entre la noción de lo "social" y aquella de lo "sociológico", ahí donde un análisis sociológico acaba por objetivar las prácticas que producen sus objetos. Así, en un segundo momento, el análisis busca dar razón de la inscripción del discurso social. Esto consiste en preguntarse *cómo* la *socialidad* viene al texto y nos remite a lo que no se dice en el texto pero que sin embargo forma parte de la economía textual —los *no-dichos*, los *rechazos*, pero también lo que no puede ser producido textualmente, los *no-decibles*—. Es ahí igualmente donde parece necesario matizar, esto es, diferenciar "intertextualidad" e "interdiscursividad", la una en relación con la otra —yo así lo sugerí hace varios años sin detenerme mucho—, lo mismo que sus definiciones, sus funciones y sus usos en lo que concierne al texto. En una perspectiva sociocrítica, en todo caso en la mía, lo intertextual por sí solo es inadmisibles si no se le vincula al preciso campo socio-interdiscursivo que lo sostiene y lo atraviesa. Por lo mismo que el texto siempre significa semióticamente alguna cosa, él no se transforma en lo que podría llamarse *realidad textual* en la total acepción del término, sino en lo que le da *sentido*. Volveremos a este punto.

En resumen, de manera general, igual que habría que hablar de sociocríticas en plural —Duchet ya lo había propuesto en

es el lugar para entrar en una definición del *monitoring*. Precisemos solamente que se trata de una noción que propuse durante un coloquio sobre Bajtín (en Dubrovnik, en abril de 1989) y que trabajé desde entonces en varias direcciones. Se trata sobre todo de un dispositivo metodológico que busca discernir las capacidades inventivas y críticas del sujeto en el seno de la problemática de la mediación a nivel de la textualización. El punto de partida es la prolongación y la teorización de la noción bajtiniana de "umbral" (cf. Bajtín 1970), con el objetivo de poner de manifiesto los diversos niveles de la crisis que el sujeto atraviesa para articular y proyectar su discurso. Mi concepción del *monitoring* se liga a la ampliación de la noción de estética (ver la nota N° 1, así como mis trabajos 1991:153-174 y 1992) y al vector *texto/discurso*.

1979 y en él se inspira el título de la obra colectiva *Sociocríticas* que dirigí en 1991—, me atrevo a creer en un consenso de base de tipo epistemológico y teórico en relación con la disciplina, desde el punto de vista de ésta, estando confundidas todas las tendencias y orientaciones.<sup>4</sup> ¿Es necesario recordar que la sociocrítica nació en la encrucijada de múltiples tensiones ideológicas, teóricas, metodológicas, conceptuales, extrapoladas de las posturas y de las diversas recaídas epistemológicas e institucionales después de los acontecimientos de mayo del 68 en Francia? Ahora bien, es precisamente en los niveles de la epistemología y de la teoría en que, en mi opinión, el “análisis del discurso y sociocrítica de los textos” viene a marcar un viraje. Aquí me limitaré a destacar dos indicadores de la trayectoria.

Primeramente, la vuelta al viejo debate sociología de la literatura *versus* sociocrítica. Ignoro las circunstancias y las determinaciones inmediatas que hicieron que dicho debate fuera objeto de tal retorno en el seno del CIADEST.<sup>5</sup> “¿Hay que concluir que, en este nivel de la reflexión colectiva, los límites que separan estas diferentes perspectivas unas de otras permanecen mal definidos?” Algunos habrán reconocido aquí la voz de Edmond Cros, pero ella data de 1984. Tomo esta cita de la introducción a las versiones publicadas de las intervenciones en el Coloquio “Operatividad de los métodos sociocríticos”, que tuvo lugar en la Universidad Libre de Bruselas cuatro años antes, en junio de 1980. Mi respuesta hoy a la pregunta de Edmond Cros es que no creo en ella. Según entiendo, los límites entre la sociología literaria y la sociocrítica estaban cla-

<sup>4</sup> Además de París y Montreal, remito al “Instituto Internacional de Sociocrítica” creado por Edmond Cros en 1991. De Montpellier a Costa Rica, pasando por México y Colombia, Marruecos, Polonia... este organismo reagrupa investigadores individuales de los centros de investigaciones sociocríticas, bajo la égida del CERS de la Universidad Paul Valéry en Montpellier.

<sup>5</sup> Hago alusión al minicoloquio “¿Sociología de la literatura y/o sociocrítica?”, organizado por el CIADEST en 1994.

ramente delimitados desde el inicio en los textos que definían las fronteras. Convendría, por supuesto, no ignorar los usos que nosotros, sociocríticos, habremos hecho de estas fronteras. Pero continuar debatiendo su realidad, persistir en hacer las mismas preguntas y poner en duda de nuevo y siempre las condiciones *sine qua non* que hacen que la sociocrítica sea *sociocrítica*, es algo que a mi juicio no nos hará avanzar para nada. En cambio, esto nos llevaría a un callejón sin salida epistemológico.

Me atrevo a creer, después de la lectura de ciertos textos aparecidos recientemente en *Discours social/Social Discourse*, que un catalizador de tal relanzamiento habría sido *Las reglas del arte* (1992), de Pierre Bourdieu.<sup>6</sup> Sea, y yo comparto completamente la indignación al respecto, pero el problema no es nuevo ciertamente. Para no remitirse más que a Bourdieu, basta con acordarse del número especial que la revista *Critical Inquiry* dedicó, en 1988, a una especie de "regeneración" de la sociología de la literatura. Al lado de un adelanto de *Las reglas del arte*, ahí se releerán artículos firmados por Terry Eagleton y Alain Viala, entre otros, cuyos propósitos gravitan alrededor de objetivos sociocríticos, y que incluso recuperan impunemente algunas de sus premisas, mientras que la sociocrítica no se menciona ni una sola vez.<sup>7</sup> En especial notemos que, en su "Introducción", los editores de este número especial buscan desesperadamente recuperar para su sociología literaria el terreno que los sociocríticos definían y trabajaban desde los años setenta, definiendo este terreno en los mismos términos de conjunto, esto es, *grosso modo*, más allá de los (lingüistas) fetichistas del texto y de los entusiastas de la lite-

<sup>6</sup> Ver por ejemplo la revista crítica de Denis Saint-Jacques (1995).

<sup>7</sup> Los puntos de convergencia con la sociocrítica son múltiples, empezando por la noción de "prisma" o "efectos prismáticos" de A. Viala, cuyas definiciones tocan de cerca las de "sociograma" y, en particular, su concepción de "sociopoética" (1985 y 1988), reelaborada por Régine Robin (1993) en términos de "sociopoética del imaginario social".

ratura como “espejo”/metáfora de la sociedad.<sup>8</sup> Ahora bien, en 1988 no podía decirse que la sociocrítica era una “variable desconocida” de los anglófonos. La revista *Sociocriticism*, en sus comienzos publicada conjuntamente por la Universidad de Pittsburgh y el CERS de la Universidad Paul Valéry de Montpellier, aparecía regularmente desde 1985, año en el cual el propio Bourdieu publica un artículo, traducido al inglés, sobre las nociones de *campos* y de *habitus*.

Pues bien, ante todo quisiera señalar que los elementos de esta recuperación, al menos aquellos que nos hacen temblar a nosotros, sociocríticos, se actualizan en buena parte mediante la asimilación —en buen grado, en mal grado y en diversos grados— de los propósitos que indiscutiblemente son de cepa bajtiniana.<sup>9</sup> P. Bourdieu, en especial, se impregna de los escritos de Voloshinov desde fines de los años setenta; releamos con esta óptica, por ejemplo, su artículo “La economía de los intercambios lingüísticos” (1977) e incluso palabras posteriores (1988: 539):

The break necessary to establish a rigorous science of cultural works is something more and something else than a simple methodological reversal. It implies a true *conversion* of the ordinary way of thinking and living the intellectual enterprise. It is a matter of breaking the narcissistic relationship inscribed in the representation of intellectual works as a “creation” and which excludes as the expression *par excellence* of “reductionist sociology” the effort to subject the artist and the work

<sup>8</sup> Priscilla Parkhurst, Phillippe Desan y Wendy Griswold (1988), “Editor’s Introduction: Mirrors, Frames and Demons: Reflections on the Sociology of Literature”.

<sup>9</sup> Asimilación inconfesada, o casi, en lo que concierne a Bourdieu, en general. Así, por ejemplo, el nombre de Bajtín no aparece más que en dos ocasiones en *Las reglas del arte* (por otra parte, sin ninguna referencia) al poner en relación “filologismo” y *scholastic view* de Austin, y al repetir tautológicamente dos veces el mismo argumento —remito a la página 421 (texto y nota n° 33), así como a la página 432.

of art to a way of thinking that is doubtly objectionable since it is both genetic and generic.

Este género de "conversion" estaba ya cabalmente puesto en su lugar por Bajtín (1978: 22-82), cuando hacía un llamado a un reposicionamiento de la literatura, y específicamente de la estética literaria, en el seno de la dinámica coyuntural que él llamaba la unidad de la cultura. Igualmente bastaría con releer más de una definición de "discurso social" para encontrar ahí varios propósitos bajtinianos apenas retocados... A fin de cuentas, con los trabajos de Bajtín/Voloshinov/Medvedev<sup>10</sup> se accede, a pesar de todo, a una reflexión completamente central que habrá de permitir trabajar y elaborar lo que la sociocrítica postulaba en relación con la literatura desde el comienzo. Por otra parte, no olvidemos tampoco que la sociocrítica surgió al mismo tiempo en que los trabajos de Bajtín eran promovidos en la escena intelectual y académica por medio de traducciones. Reiteramos así que los desarrollos de la sociocrítica son indisociables de la efervescencia de los estudios bajtinianos.<sup>11</sup> Por mi parte, Bajtín es definitivamente un precedente, un precursor a quien conviene darle lo que es debido; al respecto, no me parece tan atrevido decir que el marco de trabajo sociocrítico reencuentra en él su razón de ser (ver mis trabajos sobre este tema). En todo caso, al haber encontrado Bajtín su espacio en el "panteón" de la historia contemporánea de la teoría literaria, algunos no tenían más que tragar la píldora, lo que por supuesto ellos harán, pero digiriéndola a su manera.

Volviendo a Bourdieu, no seamos sin embargo tan pérfidos en nuestros reproches hacia él. En lo que concierne a las fronteras externas de la sociocrítica, la noción de *campo*, entre

<sup>10</sup> Hay que agregar los dos artículos que I.I. Kanaev (1926) reconoció públicamente escritos por Bajtín.

<sup>11</sup> En lo que concierne a las relaciones entre la sociocrítica y los escritos del Círculo Bajtín, ver mis trabajos desde 1989, re trabajados en 1992, así como mis artículos de 1991.



otras, que comprende aquella de *habitus*, ciertamente no es tan inútil, con la condición de problematizar los supuestos buscando reencontrar una coherencia pertinente de aplicación sobre tal o cual objeto. Y ahí me atrevería a sugerir que volverla a ver junto con la noción bajtiniana de *cronotopo* daría sin ninguna duda frutos, no solamente en el plano epistemológico sino igualmente en los planos teórico y metodológico.<sup>12</sup> Mencionemos rápidamente a la Escuela de Francfort. Aquí pienso en particular en Habermas y en su teoría de la acción comunicativa. Pero, cuidado, porque su relectura en relación con un texto como el de Bajtín sobre la filosofía del acto vendrá a remover las cosas.<sup>13</sup> Basta con retener la crítica despiadada que ahí Bajtín lanza contra la tradición ontológica en lo que concierne a los axiomas “universales” y los valores éticos “consensuales” y que hoy llamaríamos “globalizantes”.

No obstante que haya que situar a la sociocrítica en algún lugar y con relación a alguna cosa, en esta fase de la práctica sociocrítica, la referencia bruta a “sociología de la literatura” comienza a ser tautológica en sus dos hipótesis de oposición y de sustitución. La pregunta que se plantea, de hecho, en esta coyuntura cada vez más perpleja, no es tanto “¿sociología de la literatura y/o sociocrítica?” sino sobre todo “¿sociocrítica y/o sociología del o de los textos?” Pero entonces habría que preguntarse sobre lo que se entiende por una sociología de los textos. En este nivel, me es difícil tomar en serio las definiciones que no hace mucho nos proponía Pierre Zima, a partir de

<sup>12</sup> Esta será, entre otras, la pista seguida por Antonio Gómez-Moriana desde hace varios años sobre la diatopía, la diacronía y la diastratía.

<sup>13</sup> *K filosofii postupka* data de principios de los años veinte, pero no fue publicado por primera vez en ruso, póstumamente, sino hasta 1986. La única traducción hasta ahora es la de Vadim Liapunov en inglés (1993). Señalemos, no obstante, a los que no hablan ruso algunas fallas importantes en esta traducción, comenzando por el escamoteo del calificativo, completamente implícito, de acto *ético*, como el ejemplo más notable. Estas informaciones me han sido proporcionadas por Tatiana Bubnova (UNAM), quien ha hecho una traducción española de este texto bajtiniano.

su versión en alemán de *Textsoziologies*, a saber, entre varias, que “sociocrítica” y “sociología de los textos” son sinónimos porque la primera palabra es más corta que la segunda expresión...<sup>14</sup> Ahora bien, no nos confundamos: las definiciones de la sociocrítica que se encuentran en las historias y manuales actuales de teoría y crítica literarias, aparecen todas en el seno de explicaciones más o menos enredadas en lo que se refiere al tema de una sociología de la literatura preocupada por renovarse y que, de pronto, habría “descubierto” la importancia de las posiciones que representa el análisis de *textos*.<sup>15</sup>

En todo caso, el retorno forzado en el seno del CIADEST, en 1994, del debate “sociología literaria y/o sociocrítica”, de manera polémica, con sus tomas de posición cada vez más enconadas y cada vez más polarizadas, sus salidas falsas, sus efectos de retornos y sus rebotes, tiene sin embargo algo de inquietante. Guardadas todas las proporciones, el equivalente metodológico sería como volver a cuestionar el trabajo de Bajtín/Voloshinov (1977) en lingüística, constituyéndonos en militantes neosaussurianos... Se advertirá el riesgo de convertir un problema de orden esencialmente epistemológico en un producto ideológico con carácter doxal, sincrético y unificador, en un fenómeno de regulación estabilizadora que permita la manifestación simultánea de “verdades contradictorias”. En estos términos, yo vengo de retomar una de las definiciones de ideologema según Michel van Schendel (1986-87). Igual que el *ideologema*, la polémica sociología literaria *versus* sociocrítica podría, si no se está alerta, venir a funcionar como factor hegemónico de determinación, en este caso epistemológico, que oriente ideológicamente la formación del discurso (sociocrítico) y su pasaje a lo textual, ahí donde lo

<sup>14</sup> Ver mi discusión a propósito de Zima (en ed. 1991: 15-17, 20, 164).

<sup>15</sup> Un rápido recorrido de los últimos años bastará para rendirse a la evidencia. No citaré más que algunos ejemplos de bibliografía en francés y en español (cf. A. Chicarro Chamorro, P. Fayolle, J.-Y. Tadié, S. Wahnnon Bensusán).

ideológico se asimila a lo semiótico. Todo lo que es delimitado, identificable y definible en el texto sociocrítico —esto es, todo lo que “sociocríticamente crea diferencia” en relación a una epistemología sociológica— parece entonces deslizarse ostensiblemente hacia una problemática de alteridad, que se ubica precisamente como ideología.

Dicho de otra manera, en vez de entender la sociocrítica por lo que ella es, se extrapola lo que ella no es, siendo esto la “diferencia” que se interpreta; se manipula una sociocrítica como un “otro”, no en lo que ella es como identidad, sino a partir de lo que su diferencia habrá alterado... Se la transformará en un concepto axiológico cuyos factores constitutivos habrán sido fagocitados; tampoco será cuestión de asumir o no su “otredad”, sino de fijarse sobre lo que, en la alteración, la torna “extranjera”. Porque con la alteridad (que no habría que confundir con “heterogeneidad”) todo huye, todo se disemina, todo es diferido; todo lo que es *diferente* se vuelve *extraño* y *extranjero para nosotros mismos* (cf. Kristeva). Desde el punto de vista de lo que hace y decide que la sociocrítica sea “otra/extranjera”, ella es entonces sospechosa e inquietante, porque se vuelve extremadamente difícil de identificar en estos términos. ¿Cómo pretender controlar alguna cosa donde sólo las apariencias (alteradas) funcionan como punto de referencia?

Dos escenarios posibles. Se puede buscar la neutralización del “mal”. Todos los medios son buenos, lo importante es llegar a borrar, a *olvidar* lo que sociocríticamente crea diferencia o, al menos, a fingir tal olvido. Por la represión, se trata de transformarla en síntoma más o menos histérico; en todo caso, de reencontrar una ilusión, una impresión —una ilusión de lo *subjetivo*, una impresión de la *realidad del pensamiento*, habría sugerido Michel Pêcheux (1975 a y b)—. Todos los elementos se ubican para reencontrar un formidable “complejo de sociología literaria”: los *double-binds*, las (de)negaciones,

los estirones, las pulsiones, etc. Queda por saber, por supuesto, lo que será del retorno de lo reprimido, de los *flashbacks* y de los efectos de *boomerang*. Y ahí se corre el riesgo de resbalar en todos los sentidos. El otro escenario es un poco más complicado pero también más seguro: la sociocrítica se instala en su propia alteridad, ahí se la encierra, se la señala con el dedo y, por lo mismo, se la empuja hacia la periferia y se la aísla por la extranjería de su identidad, lo que quiere decir que ella no es lo que ella es, sino una especie de autorrepresentación periférica en relación con lo que ella altera. Pero sobre todo ella resulta más controlable y, quién sabe, tal vez se logre dominarla, domesticarla —las nuevas formas (artísticas) se crean por medio de la canonización de las formas periféricas o marginales, afirmaba años atrás Víctor Shklovski. O bien, confirámole una función, la conmensurabilidad, porque lo que cuenta es optimizar y aumentar la eficacia del sistema.<sup>16</sup>

De dos cosas, una: se acabará por des-territorializar literalmente la sociocrítica en tanto que disciplina —*ghetto* epistemológico—, aislándola y desplazándola del lado “de los textos”, ahí donde desde luego no es identificable más que donde no sería sino un análisis del discurso. La apelación “sociocrítica de textos” podría venir a sellar cualquier cosa que va más allá del pleonasma y junta lo que podría llamarse una especie de delito contravencional teórico, a menos que todos nosotros hayamos leído mal nuestro Bajtín/Voloshinov. Igual se llegaría a volver a la clásica oposición fetichista entre comunicación y hechos de significación. En este nivel, habrá siempre quienes se divertirán en fabricar paradigmas “duros”, esto es, de un lado, el bando del “análisis del discurso”; del otro, “sociocrítica de textos”, dos caminos paralelos donde la conjunción “y” daría cuenta de una desviación, de una brecha, de un vacío entre los vínculos internos texto/discurso y que no se sabría

<sup>16</sup> Cf. Lyotard (1979:8), a propósito de la condición posmoderna.

muy bien cómo colmar, salvo tal vez con un retorno de la articulación de lo arbitrario, léase de la indeterminación... Además, si me resulta posible concebir un discurso sin “texto” —eso sería parte de las elecciones y de las condiciones de realización de una textualización dada—; lo inverso, el texto sin discurso, me resulta categóricamente inconcebible.

Y puesto que no se trata de discutir sobre las relaciones entre lo semiótico y lo ideológico, vamos al segundo indicador, de orden teórico o al menos teórico-metodológico y que remite a las fronteras internas de la sociocrítica. Me refiero al *sociograma*. Recordemos que, en relación con la sociocrítica, esta noción fue lanzada por C. Duchet en textos inéditos de las conferencias a partir de los inicios de los años ochenta, entre otros lugares, en Montreal; dicha noción fue después elaborada en varios seminarios, y retomada por otros sociocríticos con aplicaciones minuciosas.<sup>17</sup> Sin embargo, a mi entender, al venir a delimitar las capacidades migratorias —la circulación— de discursos, este conjunto fluido, inestable y conflictivo, por el que se vincula un texto a un estado dado de sociedad, el sociograma circunscribe la socialidad del texto en su materialidad, “a su estado bruto”, pudiera decirse. Partiendo de la premisa de que el texto produce lo ideológico, se trata de una noción que satisface indiscutiblemente la realidad textual, pero “desde dentro”: por lo mismo, ella cumple una función capital que es la de dar una cierta coherencia *coyuntural* a la cacofonía del “fuera-del-texto”. El sociograma organiza la economía hegemónica de forma que se pueden concretar los puntos nodales y se vuelven descifrables, decodificables, y por lo tanto, producibles textualmente. Ahí mismo donde el sociograma permite identificar lo que en el seno de lo hege-

<sup>17</sup> Remito entre otros al número especial de *Discours social/Social Discourse*, “El sociograma en cuestión/La sociocrítica revisitada” (1993). Permítaseme, sin embargo, sustraerme de entrada a la idea de cualquier (con) fusión que sea —conceptual, metodológica, teórica— entre *sociograma* y *sociocrítica* que el título bilingüe haría entender.

mónico se llama "discurso social", vuelve inteligible el "fuera-del-texto", y, por consiguiente, "leíble". De acuerdo. Pero ahora, el desplazamiento al nivel teórico es claro, en mi humilde opinión, en todos los casos; nos comprometemos con un problema de lectura del discurso social. De hecho, el sociograma pone de manifiesto las *condiciones* de la textualización; en algún caso pretende poder vincularse a los procesos de la textualización propiamente dicha. En este sentido, no se podrá responder a la pregunta "¿cómo el texto produce lo ideológico?", más que a partir de una problemática de la escritura. La cuestión que surge entonces no se formula más de la misma manera que aquella de hace un momento; entonces, ¿tampoco "sociocrítica y/o sociología del o de los textos", sino "sociocrítica y/o sociología de la escritura"? En el seno de este nuevo eje, doble, —"sociología de los textos"/"sociología de la escritura"—, lo epistemológico y lo teórico se alían en la evaluación de la sociocrítica.

Abramos un paréntesis y detengámonos algunos momentos en el origen, en todo caso terminológico, del sociograma; esto nos va a poner del lado de la psicología social de la escuela americana de los años treinta, específicamente de la sociometría, disciplina que pasa a Francia hacia los años sesenta.<sup>18</sup> La sociometría es, como se sabe, la ciencia de las interacciones humanas en los grupos, asegurando una medida de las relaciones interpersonales; ella se distingue del dominio sociológico, más amplio, si se concede a este último el hecho de no limitarse a los fenómenos individuales sino de extenderse a los colectivos. En su obra *Who Shall Survive?* (1934) —de la que no puede evitarse subrayar su título evocador—, J.-L. Moreno afirma que las unidades sociales son ante todo sistemas de

<sup>18</sup> Ver, por ejemplo, el tomo IX del *Tratado de psicología experimental*, dirigido por P. Fraisse y J. Piaget (PUF, 1965); los no iniciados consultarán *La psicología social* de Jean Maisonneuve (Col. "Que Sais-je?", PUF, 1967), en particular el capítulo sobre la sociometría, 87-100. El hispanohablante podrá consultar *Introducción al test sociométrico*, de A. Arruga (Barcelona, Ed. Herder, 1974).

preferencias, de atracciones y de repulsiones mutuas. Se trata entonces de poder destacar los *patterns* de las interrelaciones (llamadas relaciones sociométricas) constitutivas de grupos, a partir del análisis de las relaciones que los individuos (átomos sociales) tienen con los miembros de su entorno. Estas relaciones son clasificadas según dos vectores: uno centrífugo, que se refiere a los sentimientos de atracción (su forma positiva, las selecciones) o de aversión (su forma negativa, los rechazos), y el otro centrípeta, que tiene que ver con las aceptaciones y rechazos que cada uno recibe de parte de sus compañeros. Entre los dos, una zona de indiferencia, más o menos extensa. Así se encuentra determinado el estatuto sociométrico de cada individuo en un grupo dado en un momento específico. La representación gráfica del conjunto de informaciones brindadas por el test de medida sociométrica que ilustra la estructura afectiva del grupo, es lo que los sociometristas llaman el *sociograma*.

Un derivado inquietante de este sistema de medida vendrá a constituir la base de lo que hoy llamamos la bibliometría, cada vez más de moda, y que consiste, como bien lo sabemos, en medir el valor y la importancia de un investigador por el número de citas y de referencias a sus trabajos. Conforme más se le cite —en términos positivos o negativos, poco importa—, más grande es, más vale; el silencio, al contrario, lo condena —se le borra en el claroscuro de la indiferencia.<sup>19</sup>

Lo que me parece, sin embargo, interesante en relación con esta pequeña desviación, es que la noción de sociograma tal como es propuesta por C. Duchet parece nacer, conceptualmente hablando, en esta zona de indiferencia situada entre los

<sup>19</sup> Y si a esto se agrega el factor de la probabilidad, el bullicio alrededor de los amigos y los conocidos en la profesión da toda su fuerza a la máxima *publish or perish*. En síntesis, hay algo fundamentalmente axiológico y ético que flaquea por algún lado. Por otra parte se juzgará la fortuna de los derivados terminológicos por la abundancia actual de variantes: además de *sociograma*, *psicograma*, *ideograma*, se encontrará *escenograma* (en el teatro), *eneograma* (para designar el perfil psicológico de un individuo), *genograma* (las relaciones

dos polos (positivo y negativo) y, haciendo esto, adquiere un valor completo, ahí donde podría decirse que la *indiferencia* sociométrica se transforma en *diferencia* sociocrítica. Problematizando la bipolarización, por supuesto que se sale de la trampa de las dicotomías paradigmáticas, tanto reductoras como banales. Pero comprendamos bien el valor de la inversión en estas condiciones; la representación *diferente* del mundo no puede efectuarse entonces más que en el movimiento de los dos polos; ella se actualiza ahí donde los extremos se alteran, se des-radicalizan y pierden sus fijezas y sus estabildades positivas y negativas. La zona de (in)diferencia extiende entonces su territorio por la invasión de lo periférico; lo fronterizo se mezcla, se deconstruye; ciertas parcelas se separan, migran, se reagrupan y se recuperan como otros fragmentos alrededor de nuevas constelaciones. Las fronteras comienzan a fluctuar; lo conflictivo y lo polémico acaban por vincularse con la incertidumbre, con la indecidibilidad, con la indeterminación. Y bajo este ángulo, se atribuiría al sociograma la posibilidad de triturar lo ideológico de tal manera que se volviera garante de su elasticidad, manifestándose esta última en una medida en términos de grados de (in)diferencia.

Espero que no se me guardará mucho rencor por esta relectura del sociograma, pero se trata de entendernos bien: la ideología no es una categoría cuantificable, apenas es *identificable*. Al respecto, ¿no hay algo filosóficamente contradictorio en fundar lo *identitario*, lo referente a la identidad, en una teoría de la alteridad que se constituye como una *medida* de la "diferencia" en relación con una "norma" presuposicional? O, para plantear la contradicción de otra manera ¿se llegaría a querer borrar la frontera entre la "inquietante extrañeza" y la "falsa conciencia"? Dar cuenta de la preeminencia de lo inter-

psicoemotivas entre miembros de una familia en la construcción de árboles genealógicos que se remontan a tres generaciones por lo menos), y así por el estilo.



discursivo en el discurso, ¿significaría plantear el discurso como un fenómeno sin frontera? ¿No habría otra función discursiva que la de transgredir los límites, argumento grato a los adeptos del posmodernismo, pero al precio de querer volverlo todo aleatorio, esto es, alterable e intercambiable según se requiera? Ahora bien, me parece que la sociocrítica, al contrario, afirma que el discurso no es “discurso” en lo que él mismo es, una frontera (y agreguemos, una frontera cronotópica) que se destaca en la heterogeneidad fundamental de toda coyuntura, de tensiones y contradicciones que dependen de divisiones determinadas por lo hegemónico en una sociedad dada, no por “universales simbólicos”.<sup>20</sup> Y en el seno de toda coyuntura, necesariamente interdiscursiva y socio-polifónica, aunque él nunca sea amo de su discurso, el sujeto *siempre* tomará posición.

Hemos así llegado a una problemática del sujeto, problemática que ciertamente no es nueva en lo que concierne a la sociocrítica. Ella tenía ya el hilo del asunto en julio de 1989, durante el I Congreso Internacional de Sociocrítica organizado por E. Cros en Montpellier. De forma significativa, la discusión alrededor de una mesa redonda en sesión plenaria de este Congreso,<sup>21</sup> cuyo contenido, que debía tratar sobre el *objeto* de la sociocrítica y la elaboración de la noción de “texto” a partir de su (re)conceptualización sociocrítica, no hacía más que resbalar completamente hacia el problema del sujeto sin poder precisarlo. Ahora bien, si el sujeto es indiscutiblemente

<sup>20</sup> *Something can be made superstructural, focused and defined as such by the contention of political forces (...) The superstructure is an 'imaginary' response to a real contradiction in the mode of production;* Terry Eagleton 1988:475.

<sup>21</sup> Además de Edmond Cros, las siguientes personas asistieron y participaron en este primer coloquio internacional: Claude Duchet, Antonio Gómez-Moriana, Charles Grivel, Jacques Leenhardt, Jürgen Link, Collin MacCabe, Pierre Zima, Paul Zumthor, representantes de diversos centros sociocríticos —entre otros, del CERS de Montpellier y de Costa Rica—, así como algunos otros investigadores y yo misma.

el punto neurálgico, crucial, que se refiere a la propia razón de ser de la sociocrítica en lo que ella se vincula al estatuto de lo social en el texto, una *teoría sociocrítica del sujeto*, en cambio, me parece ser un punto débil que podría evitarse. Yo anticiparía también la idea de que poder repensar la sociocrítica en términos de *sociologías* de la escritura y/o “de textos” (des) enmascara lo que, en un impulso soberbiamente híbrido, medio foucaultiano y medio bajtiniano, Philippe Hammon (1995: 90) resumía de manera a la vez elegante y precisa: “De lo que hay necesidad es de una poética de posiciones de enunciación, más que de una poética de oposiciones de enunciado”,<sup>22</sup> esto con la condición, claro, de comprender éstas como posiciones de poder desiguales.

Asumamos el argumento como un punto de partida posible para una redefinición del problemático “análisis del discurso y sociocrítica de textos” en cuyo seno la premisa sociocrítica del estatuto de lo social en el texto restituye al sujeto su parte de las cosas. A partir del hecho de que el sujeto productor es él mismo visto como producto de la instancia de sus interacciones con otros sujetos socioculturales (lo que, por otra parte, no excluye en ciertos casos las relaciones interpersonales),<sup>23</sup> yo sugiero retomar esta problemática en los siguientes términos: lo que ha

<sup>22</sup> Todo el ardid consiste, entiéndase bien, en cómo no (re)caer en una problemática del *Einstellung* (neo)freudiano, entiéndase lacaniano, en lo que concierne a la “posición” del sujeto. Y si la problemática de la posición del sujeto en el discurso ha sido completamente desarrollada por M. Foucault, entre otros, esta misma problemática formulada en términos de posiciones de enunciación (y no de lo enunciado), en cambio, es un préstamo directo de la óptica bajtiniana. Un ejemplo preciso sería el artículo de V.N. Voloshinov, “El discurso en la vida y el discurso en la poesía” (1926), traducido y publicado por Tzvetan Todorov (1981), cuyo subtítulo, “Contribución a una poética sociológica” era además interpretado por su traductor como, justamente, “una poética de la enunciación y no del solo enunciado” (179).

<sup>23</sup> De ninguna manera es necesario anular la subjetividad de la relación ontológica interpersonal para llegar a postular la socialidad del lenguaje. Bajtín, por ejemplo, problematiza las relaciones interpersonales y muestra cómo éstas no pueden articularse más que en la frontera —*sociodinámica dialógica*— entre lo (inter)individual, lo (inter)subjetivo y lo socialmente objetivo. En el esquema

sido traducido en los trabajos de Bajtín en términos de *dado* (*dannoe* en ruso) y de *creado* (*sozdannoe*) remite muy concretamente a una serie de interacciones cognitivas detectables que no son binarias (ellas pueden ser conflictivas pero no en el sentido convencional de oposiciones) ni diseminadas en el flujo de la indeterminación. Igual que la relación dialógica (cf. Bajtín/Voloshinov 1977), estas interacciones cognitivas se articulan en el seno de una red de relaciones fundamentalmente tripartitas que incluyen un *supuesto* (*zadannoe*).<sup>24</sup> Yo prefiero hablar en términos de *proyectado*, en el sentido de “proyección” de horizontes (de diversas categorías). Bajtín señalaba que hay dos factores que entran en juego en la determinación de un texto (lo *creado*) y que hacen un enunciado: el propósito (la intención) y la ejecución de este propósito (1984: 312),<sup>25</sup> ahí donde se acercarán respectivamente, pero sin confundirse, las categorías del propósito y de la ejecución a aquellas de lo *proyectado* y de lo *creado*. Resulta de aquí que lo *proyectado* es indisociable de lo *creado*. Bajo este ángulo, lo *creado* no puede actualizarse en la única relación que tiene con lo *dado*, ni, por lo demás, en relación exclusiva con lo *proyectado*. Lo *creado* no es posible, no es concebible más que a partir de la frontera entre lo *dado* y lo *proyectado*.

Estamos aquí en el corazón de otra problemática, inseparable de la del sujeto: la construcción del sentido. Ahora bien, si el sentido siempre es una variable coyuntural, ésta no podría transformarse en un valor polisémico, o tomada por su sinónimo, recaeríamos en una poética de oposiciones de enunciado,

<sup>24</sup> El eslabano de la cadena de la comunicación discursiva, “tú eres” siempre precede “yo también soy” (cf. Bajtín 1993).

<sup>25</sup> El término ruso *zadannoe* ha sido traducido al inglés por *posited*, y al español por “planteado”.

La cita continúa: “Interrelación dinámica de estos dos factores, su lucha que define su carácter al texto. Una tensión entre estos factores puede decir mucho. El texto escrito, oral, según Freud (expresión del inconsciente). La modificación del propósito en vías de ejecución. El no cumplimiento de la intención fónica” (Bajtín 1984: 312).

perpetuando así la eterna confusión entre valor de cambio y valor de uso. Para reencontrar una poética de posturas de enunciaciones, la empresa sociocrítica debe distinguir dos etapas en la construcción del sentido en un texto. La primera es su *programación* y nos sitúa en el nivel de las condiciones de la textualización. De hecho, la más grande utilidad del sociograma es que su elaboración permite identificar esta programación. Ahora bien, conviene señalar una cierta fluctuación en la escala de la conceptualización descriptiva que va mal con el ideologema de la definición y los usos sociocríticos del sociograma, salvo en sus funciones respectivas frente al texto. El ideologema es una categoría resueltamente "extratextual" en que se asimila lo semiótico a lo ideológico; el sociograma, en cambio, participa indiscutiblemente de la realidad textual pero, como se ha visto, no lo hace más que "desde fuera". Hay una especie de *habitus* psico-sociológico que hace que el sociograma no nos permita interpelar los procesos de la textualización propiamente dicha; no hay nada, en alguna definición del sociograma, que permita postular sin la sombra de una duda teórica que la categoría específica del sujeto y sus *posturas de enunciación* en el texto formen parte del horizonte sociogramático. Dicho de otra forma, la elaboración del sociograma permite postular lo que M. Foucault habría llamado las *posibilidades* de las *posturas de enunciación* que se ofrecen al sujeto en tal o cual coyuntura, no el identificar la toma efectiva de posturas. El propio C. Duchet lo afirma, aunque quizá involuntariamente, cuando propone que el sociograma "es una operación de contextualización al tiempo que participa en la elaboración estética de los textos. La actividad sociogramática, si bien no da cuenta de toda la socialidad del texto, en todo caso es un índice de su socialización".<sup>26</sup>

<sup>26</sup> Declaraciones tomadas de la sinopsis de la comunicación de C. Duchet, "Sociograma, historia y socialidad: por una teoría del co-texto", *Actas del coloquio "La literatura como objeto social"*, Montreal, CRLIQ, 1994. En esta misma si-

Concebimos entonces la *producción* del sentido como una segunda etapa, allí mismo donde esta producción probablemente no será idéntica ni estará perfectamente de acuerdo con su programación y, *de facto*, no podría ser confundida con ella. Esta operación nos hace dejar el dominio sociogramático propiamente dicho para ubicarnos en la intersección de lo ideológico y de lo semiótico, punto nodal que el sociograma tendrá el mérito de señalar en su estado bruto (uso la misma expresión que hace un rato), sin precisar sin embargo los procesos de textualización. Para delimitar la textualización propiamente dicha de este punto nodal, E. Cros (1983) lanzó una noción, el *ideosema*, que hasta hoy permanece notoriamente

nopsis, Duchet afirma que la sociocrítica es una "teoría del texto como sociotexto. Considerar el sociotexto como el resultado de una actividad estética es incorporar al texto el espacio de mediaciones caracterizado por la actividad sociogramática, que proponemos llamar 'co-texto'. El co-texto es una variable de 'texto' que debe tanto a las condiciones sociohistóricas de escritura como a las actualizaciones del texto que cada lectura, colectiva o singular, efectúa". Pongamos, sin embargo, ciertas cosas en su lugar y recordemos los usos de "sociotexto", anteriores a las proposiciones de C. Duchet, en teoría crítica feminista en el caso de Myriam Díaz-Diocaretz: *sociotext* en inglés, derivado de su concepción del *social text* (1986). El "texto social" es, según esta definición, "*a set of variable functions to account for some common factors in poetic texts of different periods, each one in its own historical context (...) the 'social text' allows us to apprehend instances of representation and metatextual practices of writing, linking in this way poetic discourse to the extra-textual world through the woman's voice. (...) I shall refer to the sociotext limiting myself to general correlations that are not the domain of representation but which have textual implications in artistic composition*" (Díaz-Diocaretz 1989: 115 y 116; ver igualmente una versión española, revisada y modificada, "El sociotexto: el entimema y la matriherencia en los textos de mujeres", en Malczynski 1991 (ed.): 129-144). Ahora bien, en mi intervención en el primer Coloquio de Sociocrítica en Montpellier, en julio de 1989, en el cual C. Duchet participaba, yo misma cité este aspecto de los trabajos de M. Díaz-Diocaretz para sugerir la elaboración de una "(socio)crítica diferencial" (revisar la versión publicada de mi ponencia en la revista *Imprévue* 1989). Señalemos al respecto que la "migración" y la recuperación de los discursos a veces toman giros muy curiosos, a juzgar en todo caso por las declaraciones siguientes: "...la sociocrítica puede reencontrar o regenerar sus ambiciones iniciales ofreciendo una lectura diferencial vinculada menos al reconocimiento del sentido que a la evaluación de las variables co-textuales..." (Isabelle Tournier, fragmento de su sinopsis para el Coloquio mencionado de 1994 en Montreal). Por otra parte, al nivel de la teoría, tal vez habría lugar para distinguir bien el co-texto y sus usos de la noción de *habitus*, arma de doble filo como ninguna.

ausente en los trabajos de los sociocríticos. Al designar el fenómeno textual que (re)produce las diversas interacciones entre discursos diferentes coexistentes en una misma instancia social dada, el ideosema me parece ser una herramienta muy específicamente sociocrítica en la medida en que permite trabajar el vector *texto/discurso* dentro del texto mismo. Permite aprehender el texto “desde dentro”, esto es, dar cuenta de la concreción semiótica de la red socio-interdiscursiva que subyace y atraviesa el texto, y da razón de su semantización crítica e inventiva (cf. Malcuzyński 1992: 62-74). Identificar el ideosema es precisar cómo una instancia textual dada produce *tal* sentido y, por eso mismo, implica una teoría del sujeto *en* sus posturas de enunciación —para retomar la expresión de P. Hammon—, *en* el texto. La empresa crítica es así en algún grado inversa a la que busca explorar el pasaje de lo discursivo al texto; así, para dar cuenta de la *toma* de postura de enunciación, habrá sobre todo que remontar su trayectoria de lo textual a lo socio-interdiscursivo.

Éste era, en este caso, mi punto de partida, cuando, hace algunos años, comencé a trabajar, en una óptica específicamente sociocrítica, los problemas particulares que surgen cuando el sujeto que habla y escribe en el texto es una mujer; esto es, cuando se está forzado a considerar el Género (*gender*) como una categoría de análisis que forma parte integrante e integral de la problemática del *status* de lo social en el texto.<sup>27</sup> Ahora bien, enfocar una teoría sociocrítica feminista significaba volver a cero porque, salvo el hecho de que se trata de un asunto que brillaba y que me atrevo a decir que continúa brillando por su ausencia en el interior de la disciplina, todo ello exigió

<sup>27</sup> Retomo aquí los puntos esenciales de un proyecto en curso, sobre la formación del discurso en los textos literarios hispánicos escritos por mujeres. Ciertos aspectos teóricos ya han sido objeto de varias publicaciones (cf. entre otros, Malcuzyński 1993, 1995 y en prensa); los contenidos de estos artículos muestran la reflexión teórica y metodológica en diversos grados de la investigación y están sujetos a revisión.

repensar un cierto número de cosas hasta entonces tomadas como propias, asumidas, incluso clasificadas por los sociocríticos —en primer lugar, la noción misma del discurso social—, ahí donde una perspectiva feminista vuelve forzosamente manifiestos los elementos que resurgen específicamente en lo hegemónico patriarcal. De hecho, el discurso social es, en esta perspectiva y a primera vista, discurso *patriarcal*.

Ante todo y sobre todo, por teoría sociocrítica feminista se afirma una práctica irreductible a las modalidades monolíticas que ella confronta, modalidades que, a nuestra época quizá más que a otras, pero en todo caso no exclusivas de ésta, fundan su eficacia apropiándose, fijando o “canonizando” los contenidos periféricos en tanto que orden legítimo del *status quo* como tal (al que ya me referí en otro momento). Frente a esta aparente falta de salida, es entonces necesario cambiar de orientación, recobrar una focalización crítica que pone en evidencia las estrategias a las cuales recurre el sujeto cuando estructura su socialidad y postula el problema de la tensión inherente a la heterogeneidad. Se sueña con una política sociocrítica que entabla una hermenéutica *responsable* en el sentido bajtiniano del término, que problematiza la “descolonización” de la axiología genérica impuesta por el discurso social y la “desmarginalización” del sujeto femenino (feminista o no), sin por ello neutralizar su toma de posición en el sentido polisémico a ultranza, u operar inversiones puras y simples.

Trabajar en una perspectiva feminista permitió de entrada un cierto aparato nocional y conceptual que posibilita una recuperación del sujeto como categoría de análisis sociocrítico propiamente dicha, aparato que, por otra parte, requiere de ajustes en función de la problemática particular. Por ejemplo, la de *imaginario canónico*,<sup>28</sup> ahí donde se anuncia que el con-

<sup>28</sup> Todo un trabajo taxonómico queda por efectuarse para desembrollar los diversos usos de la noción de *imaginario*, desde su empleo en el sentido técnico lacaniano (el *imaginario lingüístico* de M. Pêcheux, por ejemplo) hasta las diver-

tenido canónico de lo imaginario siempre es parte integrante de la realidad textual. Podría decirse que lo canónico es lo “no-decible” de toda formación imaginaria y, en cuanto tal, de alguna manera se identifica con lo que sería el *habitus* de su discurso. Cuando la contingencia genérica es comprendida como una categoría de análisis que forma parte de la constitución del sujeto, la institución del patriarcado aparece entonces como un *habitus* con múltiples ramificaciones. Pero esto no significa consagrarse a los problemas (eternos) de la representación, sino examinar la formación y la estructuración del o de los discursos a partir de los cuales se articulan las formas de representación. El asunto consiste en re-evaluar la constitución del sujeto y del/de los discurso(s) relativo(s) a la construcción de la identidad sociocultural, a restituir al sujeto una problemática cognitiva en el seno de una economía epistemológica y teórica que podríamos llamar, como lo señalé hace poco siguiendo a Bajtín, de “responsabilidad”. Para detectar las tensiones y las contradicciones que este *habitus patriarcal* provoca en el texto, se trataría entonces de responsabilizar al *monitoring* del discurso social. Porque, mucho más importantes que la línea de división a partir de la cual o sobre la cual se (re)constituye el *imaginario canónico*, cualesquiera que sean sus formas de representación,<sup>29</sup> son las estrategias socio-ideológicas las que negocian y potencian una prerrogativa que yo

sas acepciones del *imaginario (de lo) social*, pasando por la noción “fantasma”, falsamente atribuida a Bajtín/Voloshinov, de *subterráneo político* y aquella, tan kristeviana, de *inconsciente político* de Fredric Jameson, entre otras. Releamos igualmente, en este contexto, la obra de R. Robin (1989) sobre el trabajo de la memoria.

<sup>29</sup> En lo que toca a los estudios literarios, pienso en la consigna que afirma que la labor feminista por excelencia es *re-escribir* el canon (cf. Iris M. Zavala 1993). He aquí ciertamente un argumento peligroso que puede patinar en todos los sentidos, sobre todo por un acercamiento que se afirma como de Bajtín. Se constatará, en especial, el peligro de juntar, a pesar nuestro, estas nuevas orientaciones radicales de recuperación ultraconservadoras y lo que podría llamarse “el aparato o los aparatos canónicos”, cuya ideología disimula mal sus premisas cripto-fundamentalistas, ahí donde Harold Bloom pudo decir que sin el Canon, con ce



llamé una *diferencial*, en un esfuerzo por liberarnos de la noción, aguda por ser esencialmente binaria, de “diferencia”. Yo me basé en lo que *diferencial* significa en matemática, y específicamente en mecánica, esto es, un mecanismo que entrelaza tres móviles, imponiendo las condiciones para que cada una de las velocidades simultáneas sea proporcional a la suma o a la diferencia de las otras. Igualmente se podría recurrir a la acústica y a la recepción sonora en teoría musical, donde una *diferencial* designa el tercer sonido correspondiente a la diferencia del número de frecuencia entre los dos componentes.<sup>30</sup> Habría lugar para desarrollar estas proposiciones porque ellas nos acercan a las teorías bajtinianas, en especial la relación tripartita del dialogismo en una perspectiva desjerarquizante de lo polifónico.

La producción del sentido se perfila así como un proceso *dialógico*, en la acepción más estrictamente bajtiniana, y remite a lo que en otra parte llamé la conjunción de lo ya-existente (*déjà-là*) y de lo que *todavía-no-es*. Esta conjunción me parece constituir la razón de ser de toda práctica textual (reincido y remito a la definición de “texto” presentada en la nota N° 1), tanto inventiva como crítica. Bajo este ángulo, la polifonía (bajtiniana) no se presenta para nada como un potencial en estado puro,<sup>31</sup> sino como un *poder*, el de concebir registros *diferenciales* a título de tomas de posición específicas de enun-

mayúscula, se deja de pensar (“*Without the Canon, we cease to think*”, cf. 1994: 41). Nótese entretanto la crítica muy pertinente que I.M. Zavala (1996) realiza de Bloom en otra publicación.

<sup>30</sup> Un cuarto sonido se produce igualmente, que corresponde a la suma del número de frecuencias entre los dos sonidos componentes.

<sup>31</sup> Bajo el signo de potencial en estado puro, lo polifónico aparece efectivamente como una forma de su propia (sin)razón, una virtualidad siempre diferida que entonces no puede afirmarse más que en términos de oposición a su actualización enunciativa. Esta singular interpretación da cuenta de la desconfianza de numerosos teóricos con respecto a la noción de polifonía —“demasiado utópica” para algunos, “muy voluntarista” para otros—; la derivación del concepto bajtiniano del *diálogo social* en términos de “discurso social” es, por lo demás, la consecuencia.

ciación. Aunque monologismo y dialogismo puedan efectivamente coexistir en su “diferencia” respectiva en una misma instancia de producción discursiva, nunca será posible una dialéctica entre ellos, salvo en términos de significaciones oposicionales de enunciados —en virtud de la poética que Bajtín obtiene del texto dostoiévskiano—. Ahora bien, si toda significación denota un *potencial* de sentido, ella está sin embargo separada del diálogo, pero separada deliberadamente, convencionalmente sustraída del diálogo”; el sentido, al contrario, “siempre responde a una cuestión y lo que no responde a nada aparece sin sentido (...); no hay un sentido en sí. El sentido no existe más que para otro sentido, con el que existe conjuntamente. El sentido no existe solo (solitario).” (Bajtín 1984:366).

Se estará completamente de acuerdo con la *idea* de Michel Biron (1995) —al menos con el aporte teórico habermasiano que constituye la base de su argumentación— de que la socio-crítica permanece como un “proyecto inacabado”, a condición de entender bien el inacabamiento como una resistencia al remate, a la conclusión. Aquí aparece otra dimensión, aquella a la que nos remite la evocación del término “historia”. Entenderé esta resistencia como el sentido *histórico* de todo acto ético, ahí donde la *ética* es tanto una estética como una teoría del saber. Sólo nos queda tomar nuestras (dis)posiciones porque, en estas circunstancias, el proyecto sociocrítico nunca habrá estado acosado tan de cerca por el espectro de la célebre frase de Arthur Rimbaud, “después de nosotros vendrán otros horribles trabajadores”.

## Referencias bibliográficas

- BAKHTINE, MIKHAIL. *La poétique de Dostoievski* [1963]. Paris, Seuil. 1970.
- BAKHTINE, Mikhail. 1977. (V. N. VOLOCHINOV). *Le marxisme et la philosophie du langage* (1929). Paris, Minuit.
- 1978. *Esthétique et théorie du roman* (1975). Paris, Gallimard. En especial: “Le problème du contenu, du matériau et de la forme littéraire” [1924] (22-82) y “Formes du temps et du chronotope dans le roman” [1937-38] (235-398).
- 1984. *Esthétique de la création verbale* (1979). Paris, Gallimard. En especial: “Le problème du texte” [1953] (309-338), “Les études littéraires aujourd’hui” (339-348), “Les carnets, 1970-1971” [1970] (349-377) y “Remarques sur l’épistémologie des sciences humaines” [ca. 1939-1974] (379-393).
- 1993. *Towards a Philosophy of the Act* [ca. 1924] (1986). Austin, Texas University Press.
- BIRON, Michel. 1995. “La sociocritique: un projet inachevé”. *Discours social/Social Discourse*. 7.3/4: 91-100.
- BLOOM, Harold. 1994. *The Western Canon. The Books and Schools of the Ages*. New York/San Diego/London, Harcourt Brace and Co.
- BOURDIEU, Pierre. 1977. “L’économie des échanges linguistiques”. *Langue française*. 34: 17-34.
- 1988. “Flaubert’s Point of View”. *Critical Inquiry*. 14.3: 549-562.
- 1992. *Les règles de l’art*. Paris, Seuil.
- CROS, Edmond. 1983. *Théorie et pratique sociocritiques*. Montpellier/Paris, CERS/Eds. Sociales.
- CHICHARRO CHAMORRO, ANTONIO. 1994. “La teoría de la crítica sociológica”. En: *Teoría de la crítica literaria*. Ed. Pedro Aullón de Haro. Madrid, Trotta: pp. 385-453.
- DÍAZ-DIOCARETZ, Myriam. 1986. “Poeticizing the Difference: The Social Text and Writing by Women”. *Knjizevnost* (Belgrado). 8/9: 1471-1479.
- 1989. “Sieving the Matriheritage of the Sociotext”. En: *The Difference Within. Feminism and Critical Studies*. Eds. Elizabeth

- Meese/Alice Parker. Amsterdam/Philadelphia, John Benjamins: 115-147.
- 1991. "El sociotexto: el entimema y la matriherencia en los textos de mujeres". En: *Sociocríticas. Prácticas textuales/Cultura de fronteras*. Ed., coord. y presentación de M.-Pierrette Malcuzyński. Amsterdam/Atlanta, Rodopi: 129-144.
- Discours social/Social Discourse*. 1993. "Le sociogramme en question /Sociocriticism Revisited". Ed. Régine Robin. 5. 1/2.
- DUCHET, Claude. 1979. "Positions et perspectives". En: *Sociocritique*. Ed. Claude Duchet, Paris, F. Nathan: 3-8.
- EAGLETON, Terry. 1988. "Two Approaches in the Sociology of Literature". *Critical Inquiry*. 14:3, 469-476.
- FAYOLLE, Roger. 1978. "Critique littéraire et linguistique: structuralisme, sémiotique, textologies". En: *La critique*. Paris, Armand Colin: 206-225.
- HAMMON, Philippe. 1995. "L'épidictique: au carrefour de la textualité et de la socialité". *Discours social/Social Discourse* (Montreal, CIADEST). 7:3/4, 85-90.
- LYOTARD, Jean-François. 1979. *La condition postmoderne*. Paris, Seuil.
- MALCUZYNSKY, M.-Pierrette. 1989. "Sociocritique: De son 'déjà-là' au transdisciplinaire (Vers une socio-critique différentielle)". *Sociocriticism*. 5.2 (N° 10): 121-140.
- 1990. "Mikhail Bakhtin and the Sociocritical Practice". *Discours social/Social Discourse: Research Papers in Comparative Literature*. Número especial doble, "Bakhtin and Otherness", eds. Robert Barsky / Michael Holquist. 3:1/2, 83-98.
- ed., coord. y presentación, 1991. *Sociocríticas. Prácticas textuales/Cultura de frontera*. Amsterdam/Atlanta, Rodopi. ("A modo de introducción" y "El 'monitoring': hacia una semiótica social comparada": 11-27 y 153-174.
- 1992. *Entre-dialogues avec Bakhtin ou sociocritique de la (dé)raison polyphonique*. Amsterdam/Atlanta, Rodopi.
- 1993. "Para un 'monitoreo' feminista de la cultura". *Revista Feminaria* (Buenos Aires). 6.10: 16-20. Versión revisada y puesta al día con una nueva bibliografía, "Para un 'monitoring' feminista de la cultura", en *Métodos de Crítica: Teoría y Praxis*. Ed. Magda Ganiela. Puerto Rico: en prensa.

- 1995. “Canon literario/secularización del discurso”. En: *Literatura y Poder* (Actas del Coloquio Internacional organizado por la KU Leuven y la UFSIA, Amberes, octubre de 1993). Eds. Chr. de Paepe et al. Leuven University Press: 121-141.
- En prensa. “Je (n’)est (pas) un autre”. *Actes du Colloque International, “Bakhtine et le dialogisme”* (Cerisy-La-Salle, août 1996). Eds. André Collinot y Clive Thomson.
- Opérativité des méthodes sociocritiques*. 1984. *Imprévue* (Montpellier, CERS). Número especial, “Symposium de l’Université Libre de Bruxelles (juin 1980)”. 2.
- PARKHUST Priscilla, Philippe DESAN y Wendy GRISWOLD. 1988. “Editor’s Introduction: Mirrors, Frames and Demons: Reflections on the Sociology of Literature”. *Critical Inquiry*. 14.3: 421-430.
- PÉCHEUX, Michel. 1975a. “Introduction: Analyse du discours, langue et idéologies” y, en colaboración con C. Fuchs, “Mise au point et perspectives à propos de l’analyse automatique du discours”. *Langages* (Paris). 37: 3-6 y 7-80.
- 1975b. *Les vérités de La Palice*. Paris, Maspero.
- ROBIN, Régine et Marc ANGENOT. 1985. “L’inscription du discours social dans le texte littéraire”. *Sociocriticism*. 1:1, 53-82.
- ROBIN, Régine. 1989. *Le roman mémoriel*. Montreal, Le Préambule.
- 1993. “Pour une socio-poétique de l’imaginaire social”. *Discours social/Social Discourse*. 5:1/2, 7-32.
- SAINT-JACQUES, Denis. 1993. “Faut-il brûler *Les règles de l’art*?”. *Discours social/Social Discourse*. 5:3/4, 169-177.
- Sociologie de la littérature et/ou sociocritique*. 1994. Serie de textos inéditos del CIADEST, reunidos bajo dicho título y con fecha del 22 de octubre de 1994.
- SCHENDEL, Michel Van. 1986-1987. “L’idéologème est un quasi-argument”. *Texte*. 5/6: 21-132.
- TADIÉ, Jean-Yves. 1987. “Sociologie de la littérature”. En: *La critique littéraire au XX<sup>e</sup> siècle*. Paris, Pierre Belfond: 155-183.
- VIALA, André. 1985. *Les Institutions de la vie littéraire en France au XVII<sup>e</sup> siècle*. Lille.
- 1988. “Prismatic Effects”. *Critical Inquiry*. 14:3, 563-573.
- WAHÓN BENSUSAN, Sultana. 1991. “Literatura y sociedad: teorías históricas y sociológicas”. En: *Introducción a la historia de las teorías literarias*. Granada, Universidad de Granada: 123-151.

- ZAVALA, Iris M. 1993. "Las formas y funciones de una teoría crítica feminista. Feminismo dialógico". En: *Breve historia feminista de la literatura española (en lengua castellana). I. Teoría feminista: discurso y diferencia*. Eds. Myriam Díaz-Diocaretz/Iris M. Zavala. Barcelona, Anthropos: 27-76.
- 1996. "El canon y Harold Bloom". *Quimera*. 145: 49-54.
- ZIMA, Pierre V. 1985. *Manuel de sociocritique*. Paris, Picard.